

MARXISMO Y RELIGION (*)

Por

CARLOS J. TEALDI

Nos proponemos, a través de este artículo, analizar la naturaleza de la religión según la doctrina del materialismo histórico. En la primera parte expondremos una síntesis del pensamiento marxista-leninista, y en la segunda algunas reflexiones acerca del mismo.

1. *Materialismo histórico y religión*

I

El materialismo histórico, juntamente con el materialismo dialéctico, constituyen las dos partes de que se compone la filosofía marxista-leninista. Mientras el materialismo dialéctico investiga las leyes más generales del movimiento y evolución de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano, el materialismo histórico estudia las leyes generales específicas del desarrollo social, y resulta de la aplicación de los principios y categorías del materialismo dialéctico a la investigación de la vida histórica y social¹.

(*) El presente artículo fue elaborado en base a una conferencia que el autor dictó en la Universidad Católica de Santa Fe en Agosto de 1963.

¹ ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA U.R.S.S., INSTITUTO DE FILOSOFÍA (en lo sucesivo A.C.U.S.), Los fundamentos de la filosofía marxista. México, Grijalbo, 1962, p. 26 y sig.

El materialismo histórico toma su origen en aquella tesis fundamental del materialismo dialéctico según la cual "la naturaleza, la materia es lo primario, y el espíritu, la conciencia, lo derivado"². Desde el punto de vista gnoseológico, esta tesis significa que el pensamiento no es sino un reflejo de la naturaleza o realidad objetiva que existe fuera del sujeto. Desde el punto de vista psicológico, que la conciencia es un reflejo o propiedad de la materia; más concretamente, de la materia "altamente organizada" que es el cerebro del hombre. Este último significado es el que fundamenta, precisamente, la doctrina del materialismo histórico. Del mismo modo que la conciencia del hombre individual es un reflejo de su vida corporal, así también la "conciencia social" o vida espiritual de la sociedad es un resultado o reflejo de su "ser social" o vida material. "No son las ideas las que determinan la vida, sino que es la vida, el ser social, lo que determina las ideas"³. Marx y Engels lo expresan así: "El nacimiento de las representaciones, las ideas, la conciencia, se halla inmediatamente enlazada desde sus comienzos con la actividad y las relaciones materiales de los hombres, con su vida real. Lo que los individuos se representan, lo que piensan, lo que ponen de manifiesto en el trato espiritual con sus semejantes, es resultado directo de su vida material"⁴.

El marxismo entiende por "ser social" o "vida material" de la sociedad el modo de procurarse los medios de subsistencia, la producción de los bienes materiales. El modo de producción, formado por las fuerzas productivas (instrumentos de trabajo y esfuerzo humano) y las relaciones de producción (relaciones económicas y relaciones de propiedad), constituye la "base" de la sociedad, la estructura primaria o "infraestructura". La infraestructura condiciona directamente la "supraestruc-

² *Ibid.*, p. 115.

³ *Ibid.*, p. 340.

⁴ MARX C. y ENGELS F., *La ideología alemana*. Buenos Aires, Vida Nueva, 1958, p. 36.

tura” política y jurídica, e indirectamente la supraestructura restante, la “ideología”, como la filosofía, el arte, la moral, la religión. Toda la supraestructura no es sino un reflejo de la estructura económica fundamental. “En la producción social de su vida, dice Marx en un texto considerado ya como clásico, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que erige una supraestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social el que determina su conciencia”⁵. Por su parte, el pensamiento marxista oficial afirma: “La supraestructura social es la forma ideológica y político-jurídica que reviste el contenido económico de la vida social. Forman la supraestructura de la sociedad todas las concepciones e instituciones que les corresponden: el Estado, el derecho, los partidos políticos, las ideas políticas, la moral, el arte, la filosofía, la religión, la Iglesia, etc. . . . Unos elementos de la supraestructura, como el Estado, el derecho, las organizaciones políticas y la ideología política, se hallan ligados de modo directo e inmediato al régimen económico de la sociedad; en cambio otros, como la filosofía, el arte y la religión, están más alejados de la base y se vinculan con ella de manera indirecta.

Sin embargo, todos los elementos de la supraestructura, pese a las diferencias citadas, reflejan el régimen económico de

⁵ MARX C., *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*. En FROMM E., *Marx y su concepto del hombre*. México, F.C.E., Breviarios, 1962, p. 227.

la sociedad y obedecen, en sus cambios, a la acción determinante de este régimen”⁶.

En síntesis, para el materialismo histórico, todos los fenómenos sociales que se presentan en la historia, incluso los fenómenos “ideológicos” encuentran su fundamento, en definitiva, en el proceso de la producción económica.

Conforme a este planteo, y circunscribiéndonos ahora a nuestro tema, diremos que para el marxismo la religión es una forma de la conciencia social, una supraestructura producto de una determinada situación económico-social; con más precisión, la religión es una “alienación” que debe explicarse como reflejo de una alienación económico-social.

II

Los fundamentos filosóficos de esta concepción acerca de la religión fueron proporcionados al marxismo por Ludwig Feuerbach.

La crítica de la religión llevada a cabo por Feuerbach debe comprenderse a partir de su humanismo radical. En este sentido, no trata al objeto de la creencia religiosa de manera distinta que a los demás objetos presentados al hombre. “Lo que tiene subjetivamente, o sea, en el hombre, el significado de la esencia, escribe Feuerbach, esto mismo lo tiene también objetivamente, o sea en el objeto. El hombre no puede ir más allá de su esencia verdadera. Por medio de la fantasía puede imaginarse individuos de otra clase que supone superiores, pero jamás podrá prescindir de su especie, de su esencia. Las definiciones de esencia que da de aquellos otros individuos, son definiciones tomadas siempre de su propia esencia, definiciones con las cuales, en verdad, sólo se representa y objetiva a sí mismo”⁷. Esta afirmación general tiene aplicación es-

⁶ A. C. U. S., o. c., p. 416-417.

⁷ FEUERBACH L., *La esencia del cristianismo*. Buenos Aires, Claridad, 1963, p. 24.

pecial en el caso de objeto religioso: "Lo que hemos sostenido hasta ahora en forma general... de la relación del hombre con el objeto, vale especialmente para nuestra relación con el objeto religioso"⁸. El objeto de la religión no es, pues, para Feuerbach, sino una imagen del hombre, o también, su misma esencia objetivada. Los atributos infinitos de Dios no son otra cosa que los atributos infinitos de la esencia humana o ser "genérico" del hombre, proyectados en ese ser ilusorio. "La religión, por lo menos la cristiana, dice Feuerbach, consiste en el comportamiento del hombre para consigo mismo o, mejor dicho: para con su esencia, pero considerando a esa esencia como si fuera de otro. La esencia divina no es otra cosa que la esencia humana o, mejor dicho: la esencia del hombre sin límites individuales; es decir, sin los límites del hombre material, siendo esta esencia objetivada, o sea, contemplada y venerada como si fuera otra esencia real y diferente del hombre. Todas las determinaciones de la esencia divina son por ello determinaciones de la esencia humana"⁹.

Ahora bien ¿por qué proyecta el hombre ese mundo imaginario de la religión? La respuesta de Feuerbach es que el hombre ahora, distinto de su ser individual. "Nuestra teoría consiste en demostrar, dice el filósofo, que la contradicción que hay entre lo divino y lo humano es ilusoria; es decir, que no es otra cosa que la contradicción que existe entre la esencia humana y el individuo humano"¹⁰. O sea, la religión es el reflejo de una condición humana caracterizada por una escisión entre la esencia genérica y el individuo, o también, es la proyección imaginaria y anticipada de lo que el hombre individual puede y quiere ser conforme a las potencialidades de su ser esencial. "Dios es el interior revelado, el yo perfeccionado del hombre"¹¹.

⁸ *Ibid.*, p. 25.

⁹ *Ibid.*, p. 26-27.

¹⁰ *Ibid.*, p. 26.

¹¹ *Ibid.*, p. 25.

Claro que, al proyectar a Dios y atribuirle determinaciones que sólo al hombre pertenecen, el hombre se ha despojado de sí mismo, se ha enajenado en provecho de una imagen ilusoria. "Para enriquecer a Dios, dice Feuerbach, el hombre debe empobrecerse; para que Dios sea todo, el hombre ha de ser una nada" ¹². El hombre ha creado a Dios, pero el creador se ha vuelto esclavo. La religión no es sino la alienación que el hombre hace de sí mismo. ,

Sin embargo, para Feuerbach, fiel discípulo de Hegel, la ilusión religiosa constituye sólo la etapa primaria en el desenvolvimiento histórico de la humanidad. "La religión, afirma, es la primera conciencia que tiene el hombre de sí mismo" ¹³. Por eso no maldice la religión en el pasado: "Santas son las religiones, precisamente porque son las tradiciones de la primera conciencia" ¹⁴. Pero, después de la "sístole religiosa" en la que el hombre se despoja de su propia esencia, se rechaza y condena a sí mismo, corresponde la "diástole religiosa" en la que el hombre recibe nuevamente al ser rechazado en su corazón. Por eso, "la religión precede siempre a la filosofía, tanto en la historia de la humanidad como en la historia de cada individuo" ¹⁵. La recuperación y liberación del hombre coincide con la toma de conciencia que el hombre hace acerca de las potencialidades propias de su ser genérico. Ser genérico que tendrá realización plena, según Feuerbach, en la unión del hombre con el hombre, en el amor del hombre al hombre. "Si la esencia del hombre es el ser supremo para el hombre, prácticamente, la ley suprema y primera del hombre debe ser el amor del hombre al hombre. Homo homini Deus est. El hombre es el Dios porque el hombre es el Dios para el hombre... éste es el momento decisivo que cambia la historia del mundo" ¹⁶.

¹² *Ibid.*, p. 37.

¹³ y ¹⁴ *Ibid.*, p. 251.

¹⁵ *Ibid.*, p. 26.

¹⁶ *Ibid.*, p. 251-252.

III

Dios no es pues, para Feuerbach, más que la proyección imaginaria de los atributos que constituyen la grandeza del hombre. Marx acepta esta tesis. En "La sagrada familia" que escribiera en colaboración con su amigo Engels, elogia a su maestro con ferviente entusiasmo por haber disipado las "antiguas fruslerías" instalando al hombre en su lugar. Pero Marx no se satisface con aceptar que después de Feuerbach la crítica de la religión está "sustancialmente" hecha. Como pensador preocupado por comprender científicamente los fenómenos de la vida histórica y social, tratará áde ampliar y completar la teoría de su maestro buscando las razones de la alienación religiosa en las contradicciones de la misma vida social. Según la expresión de Engels, "había que sustituir el culto del hombre abstracto, médula de la nueva religión feuerbachiana, por la ciencia del hombre real y de su desenvolvimiento histórico" ¹⁷. En efecto, en Feuerbach la alienación religiosa aparece todavía como un acto en cierto modo metafísico, pues el hombre, siguiendo el ritmo de la dialéctica hegeliana, objetiva espontáneamente su esencia antes de encontrarse definitivamente a sí mismo. "Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana", dice Marx. "Pero la esencia humana, señala, no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales" ¹⁸. Es decir, el hombre, siempre y en todas partes, es un producto de la sociedad, un reflejo de sus relaciones. "Por tanto, concluye Marx, el 'espíritu religioso' es también un producto social y el individuo abstracto que Feuerbach analiza pertenece, en realidad, a una determinada forma de sociedad" ¹⁹.

¹⁷ ENGELS F., *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Buenos Aires, Anteo, 1963, p. 40.

¹⁸ MARX C., *Tesis sobre Feuerbach*, VI. En ENGELS F., *o. c.*, p. 65.

¹⁹ MARX C., *Ibid.*, VII. *Ibid.*, p. 65.

La alienación religiosa deberá explicarse, a partir de Marx, como un reflejo ideal producto de una determinada situación social e histórica.

Para Marx, como para Feuerbach, "el hombre hace la religión; la religión no hace al hombre". Este es el fundamento de la crítica religiosa. "Pero el hombre, agrega Marx, no es un ser abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad. Este Estado, esta sociedad, producen la religión, una conciencia del mundo invertida, porque ellos son un mundo invertido. La religión es la teoría general de este mundo... , su solemne complemento, su razón general de consolación y justificación. Es la fantástica realización de la esencia humana, porque la esencia humana carece de verdadera realidad... La miseria religiosa es, de una parte, la expresión de la miseria real y, de otra parte, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado de ánimo de un mundo sin corazón, porque es el espíritu de los estados de cosas carentes de espíritu. Es el opio del pueblo"²⁰. En otros términos, es el hombre alienado económica y socialmente a causa de las estructuras vigentes que, imposibilitado de realizarse plenamente en este mundo, busca su salvación y liberación más allá de la muerte en el mundo ilusorio de la religión, actuando al mismo tiempo esta creencia a manera de factor paralizante de la lucha social, única fuerza redentora que el hombre posee. "La religión es, por consiguiente, un sueño provocado por la infelicidad. Pero este sueño dista mucho de ser inocuo, sin peligros. Muy por el contrario; es un sueño que conduce a la inercia"²¹.

Indirectamente, la lucha que habrá que emprender contra la religión será, fundamentalmente, una lucha contra el

²⁰ MARX C., *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. En MARX C. y ENGELS F., *La sagrada familia y otros escritos filosóficos*. México, Grijalbo, 1967, p. 3.

²¹ KWANT R., *La filosofía de Carlos Marx*. Buenos Aires, Lohlé, 1967, p. 85.

mundo, "contra aquel mundo que tiene en la religión su aroma espiritual". La crítica de la religión desemboca en Marx "en la doctrina de que el hombre es la esencia suprema para el hombre y, por consiguiente, en el imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable"²². Sólo la transformación profunda de la sociedad capitalista, caracterizada por una estructura económica basada en la propiedad privada de los medios de producción, causa principal de todas las injusticias y alienaciones, podrá producir en los hombres, según Marx, una verdadera superación de la alienación religiosa y un encuentro efectivo del hombre consigo mismo. "La religión es solamente el sol ilusorio que gira en torno al hombre mientras éste no gira en torno a sí mismo"²³. La instauración y consolidación de la sociedad comunista marcará el fin de la alienación religiosa y, consiguientemente, el fin de toda religión. Con toda claridad expresa Engels: "El simple conocimiento, aunque fuese más lejos y más profundo que el de la economía burguesa, no basta para someter los poderes sociales a la dominación de la sociedad. Hace falta ante todo un acto social. Y, cuando este acto se realice y se haya liberado a todos los miembros de la servidumbre en que los tienen al presente estos medios de producción creados por ellos mismos, pero que se levantan frente a ellos como un poder extraño abrumador; cuando el hombre cese de proponer simplemente y también disponga, sólo entonces desaparecerá el último poder extraño que se refleja todavía en la religión, y con él el mismo reflejo religioso, por la sencilla razón de que allí no habrá nada que reflejar"²⁴. Es decir que, terminada la alienación económica, terminará también la alienación religiosa. En

²² MARX C., *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Ibid., p. 10.

²³ Ibid., p. 4.

²⁴ ENGELS F., *Anti-Dühring*. Citado por DIEZ P. y HERRERO-VELARDE R., *Revolución marxista y progreso cristiano*. Barcelona, Noca Terra, 1968, p. 72.

la sociedad comunista el hombre hallará las condiciones materiales y sociales indispensables para el logro de su felicidad total, y entonces la religión, con su promesa de salvación y felicidad después de la muerte, ya no tendrá sentido y desaparecerá definitivamente.

2. *Algunas reflexiones*

IV

Si hemos comprendido bien, para el marxismo la conquista de una humanidad integral sólo será posible con la abolición de la ilusión religiosa. En este sentido, la sociedad comunista futura significará un estado tal de autosuficiencia humana, que no existirán necesidades que lleven al hombre a pensar en Dios. Marx y los marxistas lo afirman con una seguridad profética.

En principio, uno pensaría que tanta seguridad carece de fundamentos. En efecto, no comprende cómo la más perfecta organización económico-social será capaz de borrar del hombre todo sentimiento de necesidad espiritual, de indignancia ante el dolor y la muerte, de insatisfacción frente a lo que cambia y perece, en suma, toda inquietud profunda que apunte a lo trascendente. Pero, al fin, éste es el pensamiento marxista.

El marxismo es extremadamente lógico en sus conclusiones, y pensamos que aquí puede estar la clave de su seguridad. Para el marxismo se trata de una exigencia metafísica que la humanidad pueda llegar a una etapa de su evolución en que se sienta plenamente satisfecha con lo que da de sí la vida económico-social. La existencia de una sola excepción, como podría ser en nuestro caso la permanencia y persistencia del fenómeno religioso, mostraría que "algo" se independiza de la base material de la vida, o sea, con otras palabras, que tiene realidad y autonomía el espíritu. Pero entonces el marxismo sería falso por su base, es decir por su materialismo.

Es verdad que para la filosofía marxista la satisfacción de las necesidades humanas, que por cierto no se limitan a las puramente materiales, también se alimenta de deseos, nostalgias y anhelos; pero todas estas "carencias" podrán ser satisfechas íntegramente en la órbita de las nuevas relaciones establecidas por la sociedad comunista.

Lo que el pensamiento marxista elimina es todo lo que sea evasión hacia un más allá "ideal": toda nostalgia profunda, todo anhelo indefinido, toda inquietud sobre-natural. Y lo elimina, no por decreto, sino simplemente porque en su sistema resulta imposible y contradictorio. Es que cualquier atenuación, conviene repetirlo, arruinaría el sistema por su base: por el materialismo. De ahí el empeño del marxismo en definir con caracteres tan absolutos el futuro estado del hombre.

V

Reconocemos, pues, que el sistema marxista es perfectamente coherente consigo mismo cuando afirma que la promoción del hombre total en la sociedad futura será correlativa a la supresión de la religión. Sin embargo, también reconocemos que no es suficiente que un sistema sea coherente para que el mismo sea verdadero. Si las premisas son falsas, aunque el razonamiento sea correcto, la conclusión también será falsa. En lo que sigue, trataremos de demostrar que el marxismo falla por su base, o sea, por el materialismo, puesto que no es consecuente con la realidad de los hechos y, en algunos casos, con sus propias afirmaciones.

Comencemos por la tesis fundamental del materialismo histórico: la explicación de la historia humana por sus estructuras económicas. Es cierto que nuestra explicación clásica del hombre y de la historia se sitúa demasiado exclusivamente bajo un punto de vista idealista, como si la historia de la humanidad no fuera más que una historia de ideas, de intenciones

espirituales y de elevados fenómenos culturales. Procediendo así, olvidamos que la vida en las sociedades humanas está orgánicamente ligada a una materia, de la misma forma que el individuo humano está encarnado en un cuerpo. Olvidamos que esta materia, sin la cual no existiría la sociedad, está constituida por sus condiciones de vida económica, y que tales circunstancias económicas también condicionan el desarrollo de la historia. Luego, una filosofía del hombre y de la historia que aspire al título de "realista", debe integrar la causalidad material y, por lo tanto, el factor económico en su sistema explicativo. En este sentido, el mérito del materialismo de Marx consiste en haber significado una saludable reacción frente a una posición de extremo espiritualismo o idealismo, posición que niega prácticamente uno de los componentes sustanciales del ser humano. El hombre, como lo expresara Gabriel Marcel, es un "espíritu encarnado" y, por lo tanto, un ser sujeto a las influencias no sólo del cuerpo sino también del mundo material que le rodea.

Claro que el marxismo no acepta la existencia del espíritu, y así tenemos que de un extremo espiritualismo se pasa a un extremo materialismo. Extremo materialismo que el pensamiento marxista trata de disimular diciendo que, a diferencia del materialismo clásico o vulgar, el suyo es "dialéctico". Pero precisamente, por pretender ser dialéctico, el materialismo marxista presenta una ambigüedad que no se puede dejar de señalar.

Dicha ambigüedad se hará evidente estableciendo la siguiente alternativa: o bien afirmamos con un materialismo consecuente que el ser del hombre está rigurosamente determinada por la materia (condiciones orgánicas y condiciones económicas), y resulta de ello que su dimensión espiritual (conciencia y libertad) es tan sólo ilusoria; o bien afirmamos que el hombre, incluso el hombre alienado, está dotado de la capacidad de darse cuenta de su situación y, al mismo tiempo, de un poder que le permite superar las condiciones de la alie-

nación, y resulta de esta nueva posición que el hombre es también espíritu, y que en consecuencia el materialismo radical queda negado.

La respuesta marxista a esta alternativa consiste en sostener que el materialismo de Marx es, como ya vimos, un materialismo "dialéctico", puesto que en él lo condicionado (conciencia y libertad) se hace capaz de reaccionar, a su vez, sobre sus condiciones (cuerpo y economía). La conciencia no es planteada, como ocurre en el materialismo vulgar, como un simple y puro reflejo del cuerpo o de las condiciones materiales de la vida, sino que, una vez aparecida, tiene el poder de actuar sobre el cuerpo y la vida material, condicionando después de haber sido condicionada. El pensamiento comunista oficial, al referirse al papel de las ideas en el desarrollo social, expresa: "Entre los enemigos del marxismo se halla difundida la tesis falsa de que éste niega el papel de las ideas en la vida social; acusan a los marxistas de reducir toda la historia a la acción exclusiva de la economía. Pero, en verdad, no es el materialismo dialéctico, sino el materialismo vulgar el que niega el papel que desempeñan las ideas... 'Estos señores —escribía Engels refiriéndose a semejantes vulgarizadores del marxismo— olvidan, y con frecuencia deliberadamente, que en cuanto un fenómeno histórico es engendrado por otros y, en última instancia, por causas económicas, dicho fenómeno influye también sobre el medio circundante y que incluso puede repercutir sobre las causas que lo engendraron'. El materialismo histórico señala que las ideas sociales, engendradas por el desenvolvimiento económico, también pueden ejercer una influencia importante sobre este último, sobre la lucha política y sobre todo la vida social. 'El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc. —escribe Engels— se basa en el desarrollo económico. Pero todos ellos se influyen recíprocamente y, a su vez, influyen sobre la base económica' ... Al derivar las ideas de su fuente material, el mate-

rialismo histórico permite comprender acertadamente el papel que cumplen en ese mismo mundo del que han brotado”²⁵.

Con esta respuesta, la dificultad planteada estaría, en apariencia, salvada, y en un sentido que no habría de desagradar incluso a un espiritualista que aceptara la condición de “encarnado” del espíritu humano. Pero, de hecho, la ambigüedad no está totalmente resuelta, y reaparece en cuanto intentamos determinar más de cerca el verdadero significado de la conciencia y la libertad humanas en un contexto marxista. O bien la conciencia, condicionada pero no enteramente determinada por el cuerpo y las fuerzas económicas, posee a su vez una autonomía suficiente para reaccionar efectivamente sobre la infraestructura material, para dominarla y transformarla, y entonces es precioso tener la valentía de renunciar a la pretensión de un materialismo radical; o bien, en la interacción materia-conciencia, las fuerzas materiales que constituyen la infraestructura de toda realidad y actividad humanas son las únicas que cuentan en última instancia, y por lo tanto, puesto que hay materialismo es preciso tener la valentía de llevarlo hasta sus últimas consecuencias y dejar de atribuir a la conciencia un poder real de causación. Es preciso decidirse por uno u otro término de la alternativa, pues no es posible llamarse materialista y atribuir al mismo tiempo a la conciencia un poder eficaz sobre la materia.

Pensamos que el marxismo, con su materialismo dialéctico, crea la aporía pero no la resuelve de acuerdo a los principios de una sana filosofía. Reconoce en el hombre la conciencia y la libertad, dotadas ambas de un poder efectivo sobre las fuerzas materiales; sin embargo, dichas capacidades no alcanzan la autonomía suficiente como para poder dar del ser humano una definición que incluya el elemento espiritual. Es aquí donde se manifiesta, a nuestro parecer, toda la incongruencia del materialismo marxista. Para no caer en el materia-

²⁵ A. C. U. S., *o. c.*, p. 563 y 565.

lismo vulgar, reconoce en la conciencia un poder eficaz para actuar sobre el cuerpo y las condiciones materiales. Por eso es dialéctico. Pero, a su vez, para ser fiel al materialismo postulado de antemano, niega autonomía a la conciencia, transformándola, en última instancia, en un producto de las fuerzas materiales. En el fondo, el marxismo no consigue superar las premisas del materialismo clásico, a pesar de todas las críticas dirigidas en su contra. Esto confirma nuestra opinión anterior de que la filosofía marxista se pasa de un extremo espiritualismo o idealismo, representado en la filosofía de Hegel, a un extremo materialismo.

VI

A manera de reflexión final, pensamos que el materialismo dialéctico no es lo suficientemente estricto en la aplicación del principio de causalidad, principio, por otra parte, tan defendido por el mismo marxismo. Todo hecho no sólo exige una causa que lo explique, sino también, y fundamentalmente, una causa adecuada. Y la única causa adecuada para un fenómeno espiritual (conciencia y libertad) es un principio espiritual, llámesele "alma", "espíritu", "yo", o como se quiera; más aún si dicho fenómeno está dotado de un poder real para trascender y dominar la fuerza material. De aquí a afirmar la existencia de un espíritu divino como única razón satisfactoria de la existencia del espíritu humano, hay sólo un paso. El marxismo, para evitar el Dios absoluto, se ha visto obligado a entronizar otro absoluto, el eterno movimiento de la materia eterna, que contiene en sí todos los elementos y disposiciones para una producción autónoma del universo, incluso para la producción del espíritu. Sólo que una materia dotada de tantos poderes no sabemos si merece todavía el nombre de materia.

Volvemos a nuestro planteo inicial. Decíamos que no era suficiente que una filosofía se presentara como un sistema coherente para que la misma fuese verdadera. Si el marxismo es falso en su premisa mayor que es el materialismo, también será falso en su conclusión. La satisfacción de las necesidades económico-sociales y aún culturales no será suficiente para colmar la totalidad del hombre, porque en él se da también el espíritu, y el espíritu tiene sus propias necesidades en tanto que ha sido creado y llamado para una vida de inmortalidad. La religión es tan constitutiva del ser humano como lo es su dimensión mundana. El marxismo se ha quedado a mitad de camino. Por todo ello pensamos que, si bien el porvenir de la humanidad puede estar en el socialismo, nunca lo estará en el ateísmo.